

INTRODUCCIÓN

Tras la historia, la memoria y el olvido. Tras la memoria y el olvido, la vida. Pero escribir la vida es otra historia. Incompletitud.

Paul Ricœur, La mémoire, l'histoire, l'oubli

Escribir la vida sigue siendo una esfera inaccesible y, sin embargo, sigue siempre impulsando el deseo de narrar, de comprender. Todas las generaciones han respondido al reto biográfico. Han movilizado, a veces, el conjunto de los instrumentos de análisis que tenían a su disposición. No obstante, se reescriben constantemente las mismas vidas, vuelven a analizarse las mismas figuras, porque siempre surgen lagunas documentarias, nuevas preguntas y nuevos enfoques. La biografía, al igual que la historia, se escribe primero en presente, en una relación de implicación aún más fuerte, en la medida en que, como veremos, se requiere la empatía de quien escribe.

La biografía puede ser una manera privilegiada de empezar a restituir una época con sus sueños y sus angustias. Walter Benjamín concebía al historiador como alguien que tenía que proceder a una reconstrucción de la continuidad de una época para distinguir en ella una vida individual con el fin de "hacer ver cómo la vida entera de un individuo está presente en una de sus obras, en uno de sus hechos [y] cómo en esa vida está presente una época entera".¹ En el siglo XIX, Dilthey no decía nada distinto; consideraba la biografía como el medio privilegiado para tener acceso a lo universal: "La

¹ Walter Benjamín, "Sur le concept d'histoire" (1940), en *Écrits français*, Gallimard, 1991, p. 347.

historia universal es la *biografía*, casi podríamos decir, la autobiografía de la humanidad".²

Como discurso moral de aprendizaje de virtudes, la biografía se ha convertido, a lo largo del tiempo, en un discurso de lo auténtico, y remite a una intención de veracidad de parte del biógrafo, pero la tensión permanece constante entre esta voluntad de verdad y una narración que debe pasar por la ficción, y que sitúa a la biografía en un espacio, en un vínculo entre ficción y realidad histórica, en una ficción verdadera. Jorge Luis Borges expresó bien esta tensión en su "biografía de Tadeo Isidoro Cruz (1829-1874)".³ Al defender lo opuesto a la narración tradicional que lleva desde los primeros vagidos del nacimiento hasta los últimos estertores de la muerte, Borges concentra su narración biográfica en una sola noche, y no evoca acontecimientos anteriores más que para aclarar mejor lo que es indispensable para comprender lo que sucede en esa noche, durante la cual Cruz, su héroe, con repentina lucidez sobre sí mismo, descubre su rostro y, finalmente, escucha pronunciar su nombre propio: "Cualquier destino, por largo y complicado que sea, consta en realidad de un solo momento: el momento en que el hombre sabe para siempre quién es".⁴

Tenemos por costumbre distinguir dos géneros: la biografía y la narración de vida. El término "biografía" no aparece sino tardíamente en francés y en las otras lenguas europeas, a fines del siglo XVII, lo que evidentemente no significa que la práctica biográfica no se hubiera atestiguado mucho antes. Aparece por primera vez en lengua francesa en un proyecto de Bayle: "Parece que el Sr. Bayle tiene proyectado hacer una obra que hable de los errores que han cometido los Biógrafos al hablar de la muerte y el nacimiento de los Sabios".⁵ Más tarde, se incluyó el término en la edición de 1721 del *Dictionnaire de Trévoux*.

De acuerdo con Marc Fumaroli, es conveniente distinguir dos grandes periodos. De la Antigüedad al siglo XVII fue la época de la escritura de las "Vidas", mientras que, a partir de la ruptura moderna, se impuso la biografía. Lo que se modificó de manera fundamental fue el modo de elección de los grandes hombres, de aquellos que llegan a ser los temas de las biografías. Hoy en día, el entusiasmo por la biografía hubiera remitido la noción de "Vida"

² Raymond Aron, *La philosophie critique de l'histoire* (1938), Julliard, 1987, p. 98.

³ Jorge Luis Borges, "Biographie de Tadeo Isidoro Cruz (1829-1874)", en *L'Aleph*, Gallimard, col. "L'imaginaire", 1967, pp. 71-76. N. del Ed.: de las ediciones en español empleamos: *El aleph*, Madrid, Alianza Editorial, 1971 (El libro de Bolsillo, 309), pp. 55-59.

⁴ *Ibid.*, p. 58.

⁵ *Messagiana*, segunda ed. aumentada, Ámsterdam, Georges Callet, 1694, t. 1, p. 118.

al olvido: "La palabra 'Vidas' está chapada a la antigua, es un pariente pobre condenado a los asilos y a los cementerios. Desapareció, a partir del periodo entre las dos guerras mundiales, de las vitrinas de las librerías y de las pastas de los libros".⁶ El primer periodo que se vinculó a las "Vidas" tiene como unidad de medida el *bios*, es decir, el ciclo vital completo que va del nacimiento a la muerte. Esas "vidas" parecen referirse a todo un individuo y, sin embargo, el filtro de aquellos que logran acceso a la inmortalidad es riguroso. El autor de las "Vidas" no es, empero, el que hace la selección; ésta se impone a él mediante una clase de decisión implícita, producto de un reconocimiento colectivo. Una ley de unanimidad de votos se dirige hacia tal o cual; la ruptura moderna modifica esas reglas de elección y da lugar a otro género, la biografía: "La democracia del igualitarismo relegó el Tiempo, junto con las *Vidas*, a la bodega de los desechos históricos. Lo único que conoce de él es a su hija, siempre joven, siempre sonriente, activa y apresurada: la Actualidad".⁷

Daniel Madelénat, por su parte, diferencia tres paradigmas sucesivos al diferenciar la biografía clásica, que cubre el periodo de la Antigüedad hasta el siglo XVIII, de la biografía romántica entre fines del XVIII y los albores del XX, que expresa una nueva necesidad de intimidad, de conocimiento del marco interior de la vida familiar. Finalmente, la biografía moderna nace del relativismo y de lecturas a la vez más situadas históricamente y enriquecidas por las aportaciones de la sociología y del psicoanálisis.⁸

Daremos un enfoque un poco distinto. Sin negar la evolución del género que sufre profundas transformaciones, distinguiremos tres modalidades de enfoque biográfico: la edad heroica, la edad modal y, finalmente, la edad hermenéutica. Pero, si señalamos una evolución cronológica entre esas tres edades, vemos claramente que esos tres tipos de tratamiento de la biografía pueden combinarse, que se usan en el curso de un mismo periodo. Si bien es cierto que nuestra manera de considerar la biografía el día de hoy da lugar, sobre todo, a la reflexividad y al distanciamiento, no por ello subsiste en menor grado la presencia de figuras heroicas en el imaginario social.

El carácter híbrido del género biográfico, la dificultad para clasificarlo en tal o cual disciplina organizada, la lucha entre tentaciones contradictorias, como la vocación novelesca, la preocupación erudita, la presentación de un discurso moral de la ejemplaridad, han hecho de él un subgénero que durante mucho tiempo ha sido fuente de oprobio y ha padecido de un déficit

⁶ Marc Fumaroli, "Des 'Vies' à la biographie: le crépuscule du Parnasse", en *Diogenes*, n° 139, jul.-sept. 1987, p. 3.

⁷ *Ibid.*, p. 13.

⁸ Daniel Madelénat, *La biographie*, PUF, 1984, p. 34.

de reflexión. El género biográfico, despreciado por el mundo erudito de los universitarios, no hubiera conocido en menor grado su éxito público, que nunca se desmintió, si hubiera afirmado que respondía a un deseo más allá de las fluctuaciones de la moda. Indudablemente, la biografía da al lector la ilusión de tener un acceso directo al pasado y, de ese modo, de poder evaluar su propia finitud con la de la figura biografiada. Adicionalmente, la impresión de totalización del otro, sin importar lo ilusoria que sea, responde a la constante preocupación de construcción de su yo por la confrontación con el otro: "Podemos soñar lo que sería... una verdadera *biografía*, que respondiera al deseo de Baudelaire: 'La biografía servirá para explicar y para *verificar*, por decirlo así, las misteriosas aventuras del cerebro'; bio-grafía, *escritura viva* y múltiple, ficción lógica".⁹

El trabajo del biógrafo frecuentemente se asemeja a una labor de benedictino: tanto es lo que debe dedicar a su existencia propia para esclarecer la vida de otro, a costa de sacrificios que transforma su elección en sacerdocio. El biógrafo sabe que nunca terminará, independientemente del número de las fuentes que logre exhumar. Se le abren nuevas pistas en las que se arriesga a hundirse con cada nuevo paso. Está obligado a la exhaustividad para que su largo trabajo no se hunda debido a los nuevos testimonios y a los nuevos descubrimientos documentarios y, sin embargo, esta totalización es irreal, puesto que no es cuestión de poder agotar el tema, sino solamente de correr el riesgo de un agotamiento de corredor de fondo.

Se ha hecho costumbre distinguir las biografías a la manera anglosajona que corresponden, en el mejor caso, a esa preocupación cuasi-obsesiva de seguir, día a día, al sujeto biografiado hasta en sus últimos rincones, sin mayor jerarquización. Por el contrario, la biografía al estilo francés es menos ambiciosa en términos de información biográfica, pero se acerca a la ficción debido a su preocupación por la escritura literaria; quiere tener mayor ímpetu y adopta una opinión preconcebida, una visión incompleta y tendenciosa de la figura biografiada. Sin embargo, en ambos casos puede hablarse, como Roger Dadoun, de una verdadera "posesión" del biógrafo: "En venganza, la posesión se ejerce también en sentido inverso, en una relación de reciprocidad. El biógrafo llega a estar *poseído* por su sujeto".¹⁰ Esta apropiación coloca al biógrafo en el seno de un universo sin exterioridad. Debido a la proyección necesaria y requerida por la empatía necesaria con su sujeto, el biógrafo se encuentra no solamente alterado, transformado por el sujeto cuya biografía

⁹ Philippe Sollers, *Logiques*, Seuil, 1968, p. 31.

¹⁰ Roger Dadoun, "Qui biographie?", en *Entretiens sur la biographie*, Carnets Séguier, 2000, p. 52.

escribe, sino que vive durante su tiempo de investigación y de escritura en el mismo universo, hasta el punto de no poder discernir el fuera del dentro: "Bajo la piedra del 'él', la placa del 'yo'".¹¹ Roger Dadoun considera extraña esta posición del biógrafo que se encierra en su sujeto, separado de sí mismo por ese enfoque en el otro y, al mismo tiempo, amo del juego, porque asegura, mediante su escritura, una presencia de su identidad de biógrafo. La incomodidad de una posición así es frecuentemente, como Prometeo, fuente de ambición desmedida y, al estilo de Michelet, el biógrafo tiene la ilusión de volver a dar vida, de resucitarla en su arrebatado de demiurgo. Toma, entonces, el lugar de Edipo. Es cierto que esta voluntad de dar sentido, de reflexionar sobre la heterogeneidad y la contingencia de una vida para hacer de ella una unidad signifiante y coherente, tiene mucho de engaño y de ilusiones. Sin embargo, diremos con Roger Dadoun que esta ilusión es necesaria: "La biografía tomaría así su fuente última de lo más poderoso y más grandioso que se da en el hombre —es decir, sencillamente, el deseo de construirse y de definirse como un sí-mismo— de ser, en todo el sentido del término, una Persona".¹²

Si tomamos en serio la bella demostración de Paul Ricœur según la cual el sí-mismo (*Iipse*) se construye, no en una repetición del mismo (*Idem*), sino en su relación con el otro,¹³ la escritura biográfica está más cercana a ese movimiento hacia el otro y a la alteración del yo hacia la construcción de un sí-mismo que se ha convertido en otro. Evidentemente, una aventura así no deja de ser riesgosa: entre la pérdida de su identidad y el hecho de carecer de la singularidad del sujeto de la biografía, el biógrafo debe saber mantener la *distancia justa*, lo que no es nada sencillo, puesto que el barco puede irse a pique muchas veces y los arrebatos pasionales o las tomas de distancia que objetivan son tan necesarios para su investigación como la preocupación permanente por no perder el rumbo.

Claude Arnaud, autor de una biografía de Chamfort, y luego de Cocteau,¹⁴ describe ese comportamiento antropófago del biógrafo que él es, y que subsiste con la sangre del poeta para construirle una tumba, en el doble sentido que le da Michel de Certeau: de honrar a alguien desaparecido y de asignarle un lugar entre los muertos. Claude Arnaud presenta su vocación de biógrafo como la expresión de un "deseo de huir"¹⁵ que experimenta cada

¹¹ *Ibid.*, p. 56.

¹² *Ibid.*, p. 62.

¹³ Paul Ricœur, *Soi-même comme un autre*, Seuil, 1990.

¹⁴ Claude Arnaud, *Chamfort*, Laffont, 1988; *Cocteau*, Gallimard, 2003.

¹⁵ Claude Arnaud, "Le goût du vivant", en *Senso*, n° 7, dic.-enero 2003, p. 58.

diez años. Deja entonces su demasiado estrecho *yo* en el guardarropa, y se va a la aventura. Se vuelve parásito del otro; ser huésped ya no es opción, no se deja a la suerte y no es fácil. Debe amar suficientemente su obra para sacrificar por ella un largo periodo de su vida, pero a la vez necesita sentir una distancia crítica suficiente para no ir hasta el fin de una identificación con un sujeto distinto que corre el riesgo de poner en peligro su identidad: "Para que tenga lugar la empatía, es necesario, además, que siga siendo subestimado o incomprendido, y que yo me convenza de haberlo rehabilitado".¹⁶ Claude Arnaud trata aquí un tema recurrente en la mayoría de los biógrafos, el de la empatía necesaria y el deseo de hacer justicia. Adicionalmente, Claude Arnaud siente la necesidad de una profusión íntima, un poco anárquica, en su huésped para poder encontrar las brechas e insinuarse en él. Las psiques un poco destrozadas y las vidas novelescas son las tierras que elige.

Como Jean Cocteau, Claude Arnaud tiene un buen ejemplo de creador plural e inasible. El biógrafo, una vez que ha determinado su tema, se sumerge en su universo sin reservas y sin salvavidas: "Los primeros meses son realmente voluptuosos".¹⁷ La ascesis de la desposesión de sí mismo y del viaje hacia el otro son entonces fuentes de momentos de éxtasis. El biógrafo se convierte en devorador, en antropófago: "Me como la lengua y el tuétano, el corazón y los sesos. Después de unos meses de festín, ya sé más sobre él que sobre aquellos y aquellas con quienes he vivido".¹⁸ Por tanto, la euforia experimentada viene de un sentimiento de conocimiento de un sentido revelado, pero también depende de que el biógrafo se alimente de la fuerza de aquel de quien escribe la biografía. Por una transferencia extraña, el biógrafo se convierte esta vez en el huésped del biografiado: "El cuerpo de recibimiento es el mío. Experimento en esa fase un verdadero sentimiento de poder".¹⁹ El biógrafo prosigue su investigación, pero con el riesgo de mirar a su sujeto desde lo alto de una situación sobresaliente, con la ilusión de haber adquirido, gracias a su investigación y a la distancia temporal, una lucidez superior al sujeto que resucita. Sin descanso, sigue arrancando nuevos trozos de vida, pero llega un momento en el que el biógrafo ya no se siente satisfecho con lo que espera como una prolongación de vida que empieza a funcionar, por la saturación alcanzada y los rendimientos decrecientes que de ella resultan, como una máquina de muerte. Llega entonces la hora de la dilucidación. Convendría cortar por lo sano, llevar a cabo elecciones drásticas y dolorosas, aceptar que

¹⁶ *Idem.*

¹⁷ *Ibid.*, p. 59.

¹⁸ *Idem.*

¹⁹ *Ibid.*, p. 60.

quedan fallas, huecos en la documentación, que se llenan con la deducción lógica o la imaginación; es el lugar soñado de la inventiva, de la *ficción*. Es el momento de la escritura. Cuando llega luego la hora del trabajo acabado, del libro impreso y entregado al público, Claude Arnaud, ya no siente más que hastío. Como está agotado, se encuentra en la fase del hartazgo y ya ni siquiera soporta que se hable de aquél a quien él, no obstante, dedicó muchos años de su vida. Se desprende de él brutalmente para reencontrarse: "Más que un rechazo orgánico, es una reacción de supervivencia".²⁰ El biógrafo, entonces, toma el camino de su propia identidad, evidentemente transformado por su "alimentación terrestre", pero ésta se ha digerido de manera que puede retomar de nuevo la ruta en caminos no trazados.

Esta aventura de pasión que es la biografía ha conocido, sin embargo, largos momentos de penumbra ante la mirada de lo que se consideraba un saber erudito a lo largo de todo el siglo XIX y de la parte esencial del siglo XX. Un constante desprecio condenó el género, sin duda demasiado relacionado con esa parte acordada a lo emotivo y a la intensificación de la implicación subjetiva. Durante mucho tiempo, un muro ha mantenido la distancia entre lo biográfico y lo histórico, como elemento parásito que puede venir a perturbar los objetivos de la científicidad. Se hizo a un lado, o más bien se abandonó, el género a aquellos que algunos llaman los "mercenarios" de la biografía y cuyo éxito público fue incomparable por el desprecio que provocó y del que ellos fueron objeto, por parte de la comunidad erudita. Son los volúmenes del "Sueño más largo de la historia" de Benoist-Méchin, los grandes soberanos rusos narrados por Henri Troyat, las innumerables biografías hechas por André Castelot y Alain Decaux, por Pierre Gaxotte, Jacques Chastenet y muchos otros. Conocemos los ingredientes de ese éxito: un poco de sangre, mucho sexo, secretos de alcoba, intrigas amorosas y peleas de poder, anécdotas de todos tipos, con la condición de que sean picarescos.

Podemos hablar de una liberación desde principios de la década de 1980. Las ciencias humanas en general, y los historiadores en particular, redescubrieron las virtudes de un género que la razón quería ignorar. La biografía se reivindicó, entonces, por la musa de la historia, *Clio*, como perteneciente de lleno al género histórico. Una vez caído el muro, presenciábamos una verdadera explosión biográfica que se apodera tanto de los autores como del público en una fiebre colectiva que no ha cesado hasta el día de hoy.

Podemos fechar el retorno de la coyuntura en al año 1985. Además, en esa fecha, la revista semanal profesional de la edición, *Livres-Hebdo*, de-

²⁰ *Ibid.*, p. 61.

dica el único documento publicado desde entonces a las "biografías", y la investigación publicada revela el entusiasmo de todos los editores, incluidos los más serios, por el género biográfico. Solamente durante el año de 1985, se publicaron doscientas nuevas biografías en cincuenta editoriales; el optimismo de los editores fue más o menos general en ese campo, a pesar de que el ambiente general era más bien taciturno. Cuando, cuatro años más tarde, en 1989, Daniel Madelénat analiza la situación, ve que, entre 1984 y 1989, "salta a la vista el incremento".²¹ En efecto, la tasa de crecimiento de las publicaciones de las biografías fue entonces del 66%.²² El movimiento no ha dejado de crecer y el Círculo de la librería contabiliza la publicación de 611 biografías en 1996 y de 1043 en 1999, sin contar las múltiples autobiografías, memorias y confesiones. El éxito es tan espectacular que las biografías ocupan los primeros lugares en el palmarés de las mejores ventas, y los títulos más populares incluso se sostienen ahí por lo menos durante tres meses.²³ La situación general de la producción biográfica se diversifica en ese nuevo ambiente más propicio a su florecimiento. Las biografías salen de la rutina, se alimentan de las adquisiciones de la historia cultural y del conjunto de las ciencias humanas. Se convierten incluso en fuentes de innovación.

Lo que ayer se consideraba una desventaja descalificadora, por su carácter inclasificable, se convierte ahora en un triunfo, puesto que el género biográfico está en condiciones de abrir sus puertas al conjunto de las ciencias humanas y literarias, gracias a su capacidad de recepción. La realización de estudios transversales y el diálogo entre universos de interpretación distintos se han hecho posibles. Además, la pluralización creciente del modo de enfoque biográfico desemboca en la pregunta de la identidad de un género que ha sufrido un evidente déficit reflexivo.

Cuando Bernard Guénée, especialista de la historiografía medieval, se propone contar, en 1987, la vida de cuatro prelados, enfatiza la relación presente entre la historia y la biografía: "La historia se cansa de no tener rostro ni sabor. Vuelve a lo cualitativo y a lo singular. Y la biografía retoma su lugar en los géneros históricos. No niega, sin embargo, los lazos que siempre la han

²¹ Daniel Madelénat, "La biographie aujourd'hui", en *Mesure*, n° 1, José Corti, 1989, p. 47.

²² En 1984: la producción total de obras es de 18150 y la producción de biografías representa 317 títulos. En 1987: la producción total es de 19400 y el número de títulos en el campo biográfico es de 554; datos de Daniel Madelénat, "La biographie aujourd'hui", en *ibid.*, p. 48.

²³ Es el caso, en 1986, de Jean Lacouture, *De Gaulle*, t. 3, Seuil, 1986; François Bluche, *Louis XIV*, Fayard, 1986, y Henri Amouroux, *M. Barre*, Laffont, 1986.

unido con la moral y lo imaginario, que toman formas múltiples para llenar las funciones variadas y llegar a los diversos públicos; la biografía es, más que nunca, el viejo e inasible Proteo que siempre ha sido".²⁴

Esta relación entre la biografía y la historia ha encontrado una prolongación reciente con la creación, en 1999, en el marco de las Citas de la historia, organizadas cada año en la ciudad de Blois, de un "Observatorio de la biografía histórica" patrocinado por la editorial Fayard, cuya colección de biografías dirigida por Denis Maraval se ha convertido en el modelo de modelos sobre el tema. Este Observatorio fue fundado por el historiador modernista François Lebrun, con la ayuda de un especialista en la Antigüedad, Georges Miroux, y de un medievalista, Françoise Michaud-Fréjaville. Cada año, el Observatorio organiza, en Blois, una serie de encuentros que giran sobre un tema.²⁵

En 1989, Daniel Madelénat definía así la nueva función social de la biografía: "La biografía maneja una parte de la memoria, liofiliza el pasado en módulos listos para ser consumidos, irriga suavemente el hoy con encantos de otros tiempos... Desempeña un papel moral: arranca a las mónadas de su soledad, les ofrece vías de una investigación que provee identidad, les abre el santuario del sujeto, les propone modelos que suscitan la proyección y la introyección formativas".²⁶

Desde el punto de vista del lector, el deseo de biografías que nunca se ha negado es el de historizar, ya que fluctúa en función de los periodos. El entusiasmo actual es testigo, sin embargo, de algunos logros importantes. Además del conocimiento que el público espera encontrar en la lectura de una biografía sobre una época particular y sobre la manera singular en la que el personaje la experimenta, parece que es necesario agregar otra dimensión, más fundamental, más existencial. Podemos recurrir a la clásica investigación que consiste en volver a sentirse seguro de uno mismo, en buscar modelos de vida. En el contexto contemporáneo, se añade otra necesidad, en un momento en el que la muerte desempeña el papel de lo prohibido, como lo vio justamente el historiador de las mentalidades Philippe Ariès:²⁷ el hecho de leer historias, *Vidas* que tal vez se perciben como un *Ars moriendi*, una

²⁴ Bernard Guénée, *Entre l'Église et l'État. Quatre vies de prélats français à la fin du moyen-âge (XIII-XV siècle)*, Gallimard, 1987, p. 13.

²⁵ 2000: "El historiador biógrafo y sus fuentes"; 2001: "Historia de las ciencias y biografías de sabios"; 2002: "La fabricación de los grandes hombres; biografía y enseñanza de la historia"; 2003: "Vidas de santos, vidas de militantes"; 2004: "¿En qué consiste una buena biografía histórica?"; datos proporcionados por François Lebrun.

²⁶ Daniel Madelénat, "La biographie aujourd'hui", en *Mesure*, op. cit., p. 55.

²⁷ Philippe Ariès, *L'Homme devant la mort*, Seuil, 1977.

manera de familiarizarse con la muerte, de domarla al colocarse en las huellas de aquellos que han desaparecido.

El campo de la escritura biográfica se ha convertido hoy en un buen campo de experimentación para el historiador que puede evaluar el carácter ambivalente de la epistemología de su disciplina, la historia, inevitablemente tensa entre su polo científico y su polo de ficción. El género biográfico asume este interés fundamental de hacer estallar la absolutización de la distinción entre un género verdaderamente literario y una dimensión puramente científica, ya que, más que cualquier otra forma de expresión, suscita la mezcla, el hibridismo, y expresa así tanto las tensiones como las connivencias existentes entre literatura y ciencias humanas.

Al retomar y dis
habla MacIntyre
"una mezcla ines
a la ficción para
imposible restit
biógrafo recurrir
los huecos temp
un entretejido co
es, por tanto, a l
condena al fracaso

El escrito
glaterra en 1928
vínculo entre el
dimensión estétic
autor de numero
refieren a la inve

¹ MacIntyre, *Ap*
1981.

² Paul Ricœur, *S*

³ André Maurois
1927; *René ou la vie*
1952; *Lélia ou la vie*
chette, 1954; *Promé*
Hachette, 1959.